

## CARTA A LOS FILIPENSES

San Policarpo de Esmirna

(Escrita en el año 107)

### INTRODUCCIÓN

*Si no tan poderosa y original, profunda y compleja como la de su amigo y compañero en la gloria del martirio, Ignacio de Antioquía, que aunó en sí algo de la intimidad mística de Juan y de la fuerza conquistadora de Pablo, la figura de San Policarpo, obispo de Esmirna y mártir sagrado», es una de la más atrayentes de la primitiva cristiandad, que se da la mano con los apóstoles y, por éstos, con Jesús mismo. Figura que, afortunadamente, podemos reconstruir en sus rasgos esenciales, gracias a una serie de testimonios concordantes de primera calidad.*

*El primero de esos testimonios es del propio Ignacio de Antioquía, que se encuentra con Policarpo en Esmirna, en una de aquellas estaciones del convoy de testigos de Jesús que van a ser inmolados en Roma, estaciones a las que debe la Iglesia aquellas admirables cartas que sólo admiten parangón con las del propio apóstol San Pablo. Los dos grandes obispos, el que caminaba hacia el martirio con ansias de ser molido por los dientes de las fieras, como blanco pan de la mesa de Dios y el que bastantes años más tarde será también visto por sus fieles discípulos entre llamas ondeantes de la hoguera como otro blanco pan que se cuece, o como plata y oro que se acendra en el horno, eran dignos el uno del otro y, se conocieran o no antes de este encuentro, lo cierto es que el corazón ardiente de Ignacio se siente al punto unido por íntimo amor con Policarpo y éste siente tal reverencia ante las cadenas del mártir, que pocos días después, aún antes de saber el desenlace de su martirio, no vacila en nombrarle, como dechado de paciencia, a par de Pablo y los otros apóstoles. Desde Esmirna, Ignacio escribe a los efesios: «Yo soy una ofrenda por vosotros y por los que mandasteis a Esmirna, desde donde os escribo, dando gracias al Señor y amando a Policarpo, tanto como a vosotros» (XXI, 1). Y a los magnesios: «Os saludan los efesios de Esmirna, desde donde os escribo, presentes aquí para gloria de Dios, lo mismo que vosotros, los cuales me aliviaron en todo, juntamente con Policarpo, obispo de los esmirnitas» (XV, 1)*

*Ignacio se retira de Esmirna, llevándose en el alma una profunda impresión de aquella Iglesia*

y de su obispo, «digno de Dios». Así lo prueba el hecho de que la Iglesia y obispo escribe sendas cartas, cuyos encabezamientos hay que transcribir. A la Iglesia de Esmirna le dirige este saludo: «Ignacio, por sobrenombre el Teóforo, o portador de Dios, desea toda alegría en espíritu irreprochable y palabra de Dios, a la Iglesia de Dios Padre y del Amado Jesucristo, favorecida por la misericordia de Dios en todo género de carismas, colmada de fe y caridad, sin que os falte gracia alguna, dignísima de Dios y portadora de santidad, que vive en Esmirna de Asia.» Y a su amigo le dice: «Ignacio, por sobrenombre el Teóforo, a Policarpo, obispo de los esmirnitas, o más bien, puesto él bajo el episcopado o vigilancia de Dios Padre y del Señor Jesucristo, le desea toda alegría.» Y a renglón seguido, tributa un alto elogio «a su sentir en Dios, firmemente asentado como una roca incommovible» y se gloria de haber sido digno de haberle conocido, «y ojalá —suplica— pudiera gozar siempre de él en Dios». Más adelante, en una efusión de íntima amistad y cuando le va a hacer un encargo que Ignacio lleva muy en su corazón, le llama «Policarpo, felicísimo en Dios».

Sería desconocer el alma ardiente y sincera de Ignacio, semejante también en esto a la de Pablo, inaccesible a la lisonja, ver en estas expresiones meras fórmulas de cortesía epistolar o de agradecida hospitalidad. Cartas como éstas de Ignacio a Policarpo no se escriben sin un grande amor en el alma. Un amor que tiene aquí acentos de padre y maestro o hermano mayor que instruye y alienta al menor.

Si hemos de creer a Tertuliano,<sup>1</sup> «San Policarpo fue puesto como obispo de Esmirna por el propio apóstol San Juan, según tradición de aquella Iglesia, como la Iglesia romana afirma que Clemente fue ordenado obispo suyo por San Pedro». En este caso, cuando hacia el 107 pasó por Esmirna la comitiva de testigos antioqueños, que van a atestiguar a Jesucristo bajo el «pío, felice, triunfador Trajano», Policarpo debía ya de llevar bastantes años al frente de la Iglesia esmirnense, en que tan pujante floración de vida cristiana admira Ignacio. Este, sin embargo, cree que no puede dejar mejor recuerdo a su amigo ni pagarle mejor su fraterna hospitalidad y ayuda que dirigiéndole la carta, que es todo un magnífico programa de gobierno episcopal, resumen quizá de conversaciones habidas entre ambos amigos, antes de que la nave romana zarpara de Esmirna a Tróada, desde donde Ignacio escribe a Policarpo y a su Iglesia. La carta de Ignacio debió ser

---

1 De praescriptione haer. 32.

*para Policarpo como un testamento del grande mártir, que era deber sagrado llevar a la práctica: «Te exhorto —le dice el amigo mártir— por la gracia de que estás revestido, a que te apresures todavía más en tu carrera y alientes a todos a fin de que se salven. Desempeña tu puesto con toda diligencia, de cuerpo y de espíritu. Procura la unidad, que es el mayor de los bienes. Llévalos a todos sobre ti, lo mismo que a ti te lleva el Señor. Súfrellos a todos, conforme ya lo haces. Vaga incesantemente a la oración. Pide mayor prudencia todavía de la que tienes. Vigila, con un espíritu que desconozca el sueño. Habla, a semejanza de Dios, a los fieles uno por uno. Lleva sobre ti las enfermedades de todos, como un valiente atleta. Donde hay más trabajo, hay también mayor ganancia.» Y por el estilo siguen una serie de admirables consejos de valor perenne, expresados algunos con felices imágenes: Anhele alcanzar a Dios, con el ansia con que el piloto desea los vientos y el navegante, en la tempestad, el puerto. Permanezca, ante la herejía, como el yunque bajo los golpes del martillo. Espere, alerta a los tiempos, al que es sobre el tiempo: al Invisible, hecho por nosotros visible; al Impasible, que todo lo sufrió por nosotros. Cuide de las viudas. Y, sobre todo, gobierne, mande: «Que nada se haga sin tu conocimiento; pero nada hagas tú tampoco sin el de Dios.» Que converse con el pueblo. Que cada estado de la Iglesia se santifique en su puesto: los casados, en el amor casto; las vírgenes, en la pureza y humildad; todos, en la obediencia al obispo, presbíteros y diáconos, unidos entre sí por la comunidad de fines y propósitos. «Trabajad juntos unos por otros, luchad juntos, corred a una, sufrid juntos, dormid y levantaos a la par, como administradores de Dios, como sus comensales y servidores.» Finalmente, prueba máxima de amor y confianza, Policarpo ha de ser el que cuide de que llegue el último recuerdo de Ignacio a su Iglesia de Antioquía y su congratulación porque ha vuelto a ella la paz. Que se elija, pues, un «correo divino», que lleve a Siria el último mensaje de amor del obispo mártir a su Iglesia.*

*El recuerdo de Ignacio, de sus palabras y escritos, no debió de abandonar al obispo de Esmirna y todos los testimonios posteriores que tenemos nos confirman plenamente que Policarpo realizó con creces el programa que su amigo le trazara camino del martirio. Afortunadamente parta nosotros, entre la muchedumbre de fieles de la Iglesia de Esmirna, que ama y venera y escucha a su obispo, hay un rapaz de ojos vivos y alma despierta, que le sigue en todos sus movimientos, que observa sus gestos, que graba en sus memoria hasta los rasgos de su faz y archiva*

.....

*en su corazón de creyente fervoroso todas las palabras de Policarpo, que tienen acento apostólico y traen como un eco vivo de la palabra misma del Señor. Ese niño curioso y afortunado, oriental de origen, pero destinado para gloria y luz de occidente, se llama Ireneo. Y cuando sea, no ya niño, sino grande obispo y martillo de herejes, escribirá esta página, única en la literatura primitiva cristiana, en que brotarán, como la fresca fontana, los recuerdos de su infancia: «Yo te vi —escribe Ireneo a su amigo Florino, presbítero romano que se había desviado de la recta fe—, yo te vi cuando era niño todavía, en el Asia interior junto a Policarpo, portándote brillantemente en la basílica y procurando ganar su estimación. Porque de lo entonces ocurrido me acuerdo mejor que de los que ayer mismo aconteciera, como quiera que lo que aprendemos de niños crece con el alma y forma una sola cosa con ella. De tal manera, que puedo decir hasta el lugar en que sentaba a hablar el bienaventurado Policarpo, sus idas y venidas, su género de vida, la forma de su cuerpo, las instrucciones<sup>2</sup> que dirigía a la muchedumbre y cómo contaba su trato y conversación con Juan y con los otros que habían visto al Señor y cómo recordaba sus palabras y qué cosas había él oído de los mismos acerca del Señor, de sus milagros y enseñanza; y cómo, tomándolo de los que fueron testigos de vista del Verbo de la vida, Policarpo lo explicaba todo de acuerdo con las Escrituras. Todo eso no solo lo escuché yo entonces diligentemente por la misericordia que usó Dios conmigo, archivándolo, no precisamente en papel, sino en mi propio corazón, sino que constantemente lo sigo noblemente rumiando por la gracia de Dios y puedo atestiguar delante de Dios —dice ahora Ireneo a su amigo extraviado— que si algo de eso hubiera oído aquel bienaventurado y apostólico «anciano», dando un grito y tapándose los oídos y, según su costumbre, gritando: «¡Oh, buen Dios, por qué tiempos me has guardado, que tenga que aguantar estas cosas!», se hubiera escapado corriendo aún del lugar en que sentado o en pie hubiera oído discursos semejantes».<sup>3</sup> Sin duda tiene razón A. Puech al afirmar que «no hay página de la literatura cristiana que tenga más frescor que esta página encantadora de Ireneo, que nos la ilusión de tocar con nuestras manos, a través de la cadena de las generaciones, una de la Iglesias primitivas de Asia y, por medio de ellas, la predicación misma de Jesús en Galilea».<sup>4</sup>*

---

2 Me satisface hallar aquí otro testimonio de la predicación primitiva, que añadido a los alegados en mi *Introducción a los Diez sermones de San Agustín* (Ediciones Aspas, 1945, volumen «Extra» de la colección Excelsa). La predicación de San Policarpo tenía también la forma de *diataxeis*, de homilias, de «sermones» o conversaciones. Ignacio mártir le había escrito: «ten homilia», es decir, predica al pueblo. Lo mismo practicaría Ireneo, a pesar de ser Obispo de las Galias, tierra de rhetores y declamadores.

3 Ireneo, *apud* Eus. *Hist. Eccl.* V, 20.

4 *Histoire de la littérature grecque chrétienne*, tomo II, p. 65.

*Ireneo no olvidó jamás la figura del venerable anciano que había conversado con los que vieron y tocaron y oyeron al Verbo de la vida y a su ejemplo de mansedumbre y amor a la paz apelará cuando, en ocasión memorable, tenga que pedir moderación al propio obispo de Roma y padre de la Iglesia universal para que no sacrificase la paz y unidad de oriente y occidente a la cuestión secundaria de la fecha de la celebración de la Pascua del Señor. Como es notorio, asiáticos y occidentales diferían en la fecha de celebración de la Pascua cristiana, recuerdo de la muerte y resurrección del Señor, celebrándola aquellos fijamente el 14 del mes judío de Nisán y éstos, en fecha variable según los años, pero siempre en domingo. Es la llamada controversia de los cuartodecimanos. Cuando en el año 170, el papa Víctor quiere forzar a las Iglesias de Asia a aceptar el uso romano, amenazándoles con la separación de la comunión católica, es cuando interviene Ireneo y relata la entrevista de Policarpo y del Papa Aniceto. Ninguno logró persuadir al otro, pues Policarpo alegaba la autoridad de Juan y de los otros apóstoles y Aniceto la necesidad de conservar una tradición que legaron sus antecesores. Y, sin embargo, ambos siguieron en paz y el propio Aniceto, como muestra de la deferencia al maestro asiático, discípulo de los apóstoles, le cedió su lugar para consagrar la Eucaristía ante toda la Iglesia de Roma.<sup>5</sup>*

*Todo nos induce a pensar que Policarpo fue de un gran temperamento suave y moderado, amigo de la paz y de la mansedumbre. Tendría algo del alma blanda y amorosa de su maestro Juan, quien por haber reclinado su cabeza sobre el pecho de Jesús, pudo, genialmente, definir a Dios como esencial amor. En ese tono de blandura y mansedumbre está escrita la carta de Policarpo a los fieles de Filipos; así debían de ser también sus homilías o *dialexeis* al pueblo; así, el porte de toda su vida. Un solo pasaje hay en la carta de relativa dureza, que tiene un hecho literalmente correlativo en su vida: «El que niegue a Jesús, no admita el testimonio de su cruz y tergiverse sus palabras para satisfacer sus concupiscencias, procede del diablo y es el primogénito de Satanás.» Y en efecto, topándose Policarpo una vez (no se precisa dónde) con el heresiarca Marción, como éste le dijera: «Reconóceme», le responde el santo: «Te conozco, te conozco, oh primogénito de Satanás.»<sup>6</sup> Sin embargo, el propio Eusebio no parece conocer más que la carta a los filipenses, de la que, por cierto, salvó en su texto griego los capítulos IX y XIII, que sólo se*

---

5 Apud Eus. Hist. Eccl. V, 24.

6 Ireneo, apud Eus. Hist. Eccl. IV, 14.

*conocen, como los otros del VIII al XIV, en una mediocre versión latina.*

*La autenticidad de la Epístola Polycarpi no ofrece lugar a duda alguna. Si se la combatió alguna vez por críticos modernos, fue porque, suponiendo ella la existencia de cierto número de cartas de Ignacio de Antioquía, al negar éstas había que empezar por socavar la autoridad de la de Policarpo que las atestiguaba. La ocasión, en efecto, de esta carta es un ruego de la Iglesia de Filipos al obispo de Esmirna de que haga llegar a la Iglesia de Antioquía una carta de Ignacio y otra de ellos, a la vez que le piden las que el propio Policarpo posee del glorioso Mártir. Policarpo promete cumplir el deseo de los filipenses, ya sea que vaya él personalmente a Antioquía, ya dipute para tal embajada aquel «correo divino», que le indicara el propio Ignacio. Remíteles las cartas de éste y, adjunta, la presente suya. «De las cuales —dice— podréis sacar grande provecho, pues están llenas de fe, de paciencia y de toda edificación de nuestro Señor.» Cuando Policarpo escribe esto, no sabe todavía nada seguro sobre el martirio de su grande amigo y les pide noticias a los de Filipos. La fecha, pues, de la carta no puede ofrecer tampoco lugar a dudas.*

*Esta carta de San Policarpo, que, hasta cierto punto, puede renovar en nosotros el placer de Ireneo al oírle conversar familiarmente con el pueblo, es un retrato de su propia alma. Alma, ante todo, llena del espíritu y del amor de Jesucristo, maestro y salvador, cuyo nombre, como a Juan y a Pablo, no se le cae jamás de la boca ni de la pluma, por llevarlo tan entro en el corazón. Un día, puesto Policarpo ante el procónsul de Asia, en pleno anfiteatro, entre los aullidos del populacho que pide la muerte del «ateo», cuando el procónsul le invite a salvar su vida, blasfemando de Jesucristo, el anciano responderá noblemente: «Ochenta y seis años ha que soy siervo suyo y ningún mal he recibido de Él; ¿cómo puedo maldecir a mi rey y a mi salvador?» ¡Hermosa confesión que es síntesis y coronamiento de una larga vida de servicio y amor!*

*Policarpo ha meditado muchas veces en el Evangelio, las cartas de San Pablo, de San Juan y de San Pedro y hasta ha leído las de San Clemente romano y con citas de todas ellas entreteje sus recomendaciones a los fieles de Filipos. Es un alma humilde. Aunque los propios paganos le conocen «como el padre de los cristianos y el maestro de Asia», él no hubiera nunca tomado la pluma de propio impulso, de n o haberle antes incitado los propios filipenses. ¿Cómo ser osado, ni él ni nadie como él, a competir con la sabiduría de Pablo, que enseñó personalmente a los filipenses y les escribió luego una carta cuya lectura basta para su edificación en la fe? Esta fe es*

*madre de todos nosotros; la esperanza la acompaña y la caridad —para con Dios, para con Jesucristo y para con el prójimo— va delante de una y otra...*

*No hay ciertamente originalidad en ninguno de los capítulos que siguen de la EPÍSTOLA POLYCARPI. Nada que recuerde aquel ardor, aquella interior energía, aquella vida íntima, puesta a tensión máxima por la proximidad del martirio, e las cartas de su amigo Ignacio. Como observa exactamente E. Norden,<sup>7</sup> puede leerse toda de un tirón sin tropezar, mientras las de Ignacio plantean un problema casi en cada frase. No hay en esta carta retórica ni de la cabeza ni del corazón y un recurso estilístico tan manido como la antítesis, que parece ingénita al genio y a la lengua griega y del que Ignacio hace también uso frecuente, no se da en Policarpo.<sup>8</sup> La lengua no es tampoco ni vulgar ni literaria. Es, en fin, esta carta, repitámoslo, la expresión de un alma suave, tranquila, fielmente atendida al cumplimiento de los mandamientos de Dios, guardadora de las tradiciones y doctrina apostólicas y a la que sólo solivianta y saca un poco de sus casillas la aparición de la herejía, los negadores de Jesús y de su cruz.*

*Escrita esta carta a los filipenses el año 107, fecha del martirio de San Ignacio de Antioquía, aún faltan cuarenta y cinco o cuarenta y seis años para que Policarpo emule también la gloria de su fe y amor a Jesucristo, su rey y salvador. San Policarpo sufre el martirio el año 155 o 156.<sup>9</sup> Fue fortuna grande para el testigo de Jesucristo —y no menor nuestra— que entre los que presenciaron su martirio había un cristiano, hábil en el manejo de la pluma, formado sin duda en la retórica griega, pero amante de la sobria verdad, el cual, en nombre de la Iglesia de Esmirna, redactó, para la Iglesia de Filomelio, en Frigia, el relato sobrio, veraz y emocionante del martirio de los cristianos de Esmirna y más ampliamente el de Policarpo. El Martyrium Polycarpi, obra de un desconocido Marción, es una joya de la primitiva literatura cristiana y tiene que figurar, por derecho propio, en este volumen de «Padres Apostólicos», no solo por ser un relato realmente conmovedor del martirio de San Policarpo, que arroja viva luz sobre la vida toda y el carácter*

---

7 Ed. Norden, *Die antike Kunstprosa*, II, p. 512, quien cita el mismo juicio de Lighfoot: «La abundancia de citas procede de falta de originalidad. La epístola de P. es esencialmente lugar común y por ello esencialmente inteligible. Intrínsecamente, no tiene interés literario ni teológico. En cambio, las cartas de Ignacio tienen una individualidad marcada. En este sentido, son escritos preeminentes entre los de la primitiva cristianidad.» Juicio, como se ve, extremo.

8 El uso de las partículas *mén-dé*, que disponen antitéticamente toda oración o período griego, es una piedra de toque para saber si el que maneja este instrumento maravilloso de la lengua helénica es un auténtico heleno o un advenedizo, ajeno a su genio y espíritu íntimo. Si Policarpo es griego de origen, ciertamente que no lo es de educación literaria. Ni una sola vez ocurre en su carta el grupo *mén-dé*.

9 Un resumen de la controversia sobre la fecha del martirio de San Policarpo y su bibliografía, en A. Puech, o. c. p. 66, n. 3. Alguna cita bibliográfica nueva en Altaner, *Patrologie*, pág. 58.

*del oyente de Juan, sino porque, escrito a raíz mismo del suceso, pertenece plenamente a la literatura de los «Padres Apostólicos». Literariamente, el Martyrium Polycarpi es muy superior al EPÍSTOLA. El autor, sin dar en lo novelesco y fantástico, sabe disponer su narración de modo que no decaiga jamás el interés. Atenido a la realidad que él pudo observar, u oír de quienes la observaron, los hechos mismos tienen una insuperable emoción. La figura de Policarpo, sereno y grave, prudente e intrépido, sin un gesto teatral, sin discursos altisonantes, nos cautiva desde el primer momento y hay escenas y dichos suyos que no es posible olvidar. Obra, en fin, de un artista que, como tantas veces, dio con la belleza suma del arte con sólo amar y buscar la verdad de los hechos. ¡Lástima que este sobrio narrador no tuviera más imitadores en los que posteriormente envolvieron las actas de los mártires en la huera hojarasca de una fantasía tan piadosa como desenfrenada y ajena a la verdad!*





## CARTA A LOS FILIPENSES

### Saludo

Policarpo y los ancianos que están con él, a la Iglesia de Dios que habita como forastera en Filipos:

Que la misericordia y la paz, de parte de Dios omnipotente y de Jesucristo, salvador nuestro, se multiplique entre vosotros.

### Congratulación (I)

En gran manera me congratulé con vosotros, en nuestro Señor Jesucristo, porque recibisteis los ejemplos de la verdadera caridad y acompañasteis, cual a vosotros convenía, a los que iban cargados con aquellas santísimas cadenas, que son las diademas de los en verdad elegidos por Dios y por nuestro Señor. Y juntamente, porque aquella firma raíz de vuestra fe, que desde tiempos antiguos es celebrada, permanece hasta el presente y fructifica para el Señor nuestro Jesucristo, que sufrió por nuestros pecados hasta la muerte, mas «a quien Dios resucitó de entre los muertos, desatando los dolores del sepulcro» (Hch 2,14). «En Él creéis vosotros, sin haberle visto, con alegría inefable» (1 P 1,8), alegría a la que muchos desean entrar sabiendo que «de pura gracia fuisteis salvados y no por vuestras obras» (Ef 2,8-9), sino por voluntad de Dios, por medio de Jesucristo.

### Exhortación a la vida cristiana (II)

Por lo cual, «ceñidos vuestros lomos» (1 P 1,13), servid a Dios en temor y en verdad, dando de mano a la vana palabrería y al extravío del vulgo, «creyendo en el que resucitó a nuestro Señor de entre los muertos y que le dio gloria y asiento a su derecha» (1 P 1,21). El cual ha de venir como juez de vivos y muertos y cuya sangre ha de requerir Dios de los que no creen en Él.

Ahora bien, el que a Él resucitó de entre los muertos, también nos resucitará a nosotros, con tal que cumplamos su voluntad y caminemos en sus mandamientos y amemos lo que Él amó, apartados de toda iniquidad, avaricia, codicia, maledicencia, falso testimonio; «no devolviendo mal por mal, ni injuria por injuria», ni puñetazo por puñetazo, acordándonos más bien de lo que el Señor enseñó, diciendo: «No juzguéis, para que no seáis juzgados; perdonad y se o perdonará;

compadeced y seréis compadecidos; con la medida que midiereis, se os medirá también a vosotros» (Mt 7,1; Lc 6,37.20). Y además: «Bienaventurados los pobres y los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de Dios» (Mt 5,3.10)

### **El recuerdo de San Pablo (III)**

Todo eso, hermanas, que os escribo sobre la justicia, no os lo escribo por confianza que tenga en mí mismo, sino porque vosotros me incitasteis antes a ello. Porque ni yo, ni nadie semejante a mí, es capaz de competir con la sabiduría del bienaventurado y glorioso Pablo, quien, estando entre vosotros, enseñó puntual y firmemente la palabra de la verdad a cada uno de los hombres de entonces y, ausente, os escribió una carta, con cuya lectura podréis edificaros en la fe que os ha sido dada. Esa fe es madre de todos nosotros, acompañándola la esperanza y precediéndola la caridad; la caridad para con Dios, para con Cristo y para con el prójimo. Y, en efecto, el que se hallare dentro de estas virtudes, ha cumplido el mandamiento de la justicia; pues el que tiene caridad está muy lejos de cualquier pecado.

### **Contra la avaricia (IV)**

«Principio de todos los mares es la avaricia» (1 Tm 6,10). Así, pues, como sabemos que del mismo modo que nada trajimos al mundo, nada tampoco nos llevaremos con nosotros, armémonos con las armas de la justicia y amaestrémonos unos a otros, ante todo, a caminar en el mandamiento del Señor. Luego, tratemos de enseñar a nuestras mujeres en la fe que les ha sido dada y en el amor y en la castidad, queriendo cariñosamente a sus propios maridos en toda verdad y amando a todos por igual en toda continencia; y en tercer lugar, procuremos educar a nuestros hijos en la disciplina del temor de Dios.<sup>1</sup> Que las viudas sean prudentes en lo que atañe a la fe del Señor, orando cristianamente por todos, muy ajenas a toda calumnia, maledicencia, falso testimonio, avaricia y a todo mal; sabiendo que son altar de Dios y que el Señor lo escudriña todo y que nada se le oculta ni de nuestros pensamientos ni de nuestras intenciones, ni cosa alguna escondida en nuestro corazón.

---

<sup>1</sup> Cf. *Carta primera de San Clemente Romano*, cap. I. El uso que hace San Policarpo de la Carta de San Clemente prueba cuán ben recibida fue en toda el Asia y no sólo en la Iglesia de Corinto.

### **Amonestación a los ministros y a los jóvenes (V)**

Sabiendo, pues, que «de Dios nadie se burla» (Ga 6,7), hemos de caminar de manera digna de su mandamiento y de su gloria. Igualmente, los diáconos sean irreprochables ante su justicia, como ministros que son de Dios y de Cristo y no de los hombres; no sean calumniadores, dobles en sus palabras, sino desinteresados, continenten en todo, misericordiosos, diligentes, que caminen en la verdad del Señor, que se hizo ministro y servidor de todos. Si a Él agradamos en la vida presente, recibiremos la venidera, conforme Él nos prometió resucitarnos de entre los muertos y que, si nos portamos de modo digno de Él, reinaremos también junto a Él, caso que tengamos fe. Igualmente, que los jóvenes sean irreprochables en todo, procurando ante todo la castidad y sofrenándose a sí mismos de todo mal. Porque bueno es que nos abstengamos de las concupiscencias del mundo, porque «toda concupiscencia milita contra el espíritu» (1 P 2, 11) y «ni los fornicarios, ni los muelles, ni los deshonestos contra naturaleza han de heredar el reino de Dios» (1 Co 6,9-10), así como tampoco los que hacen cosas absurdas. Por lo tanto, es necesario apartarse de todas esas cosas, sometidos a los<sup>2</sup> ancianos y ministros, como a Dios y a Cristo. En cuanto a las vírgenes, que caminen en conciencia irreprochable y casta.

### **Recomendaciones a los «ancianos» (VI)**

Y los ancianos sean misericordiosos, compasivos para con todos, tratando de enderezar lo extraviado, visitando a todos los enfermos, no descuidando a la viuda, ni al huérfano, ni al pobre, «sino proveyendo siempre al bien no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres» (2 Co 8,21), muy ajenos a toda ira, a toda acepción de personas, al juicio injusto, alejados de toda avaricia, no creyendo demasiado aprisa la acusación contra nadie, no severos en el juicio, sabiendo que todos somos deudores del pecado. Si, pues, le rogamos al Señor que nos perdone, también debemos perdonar nosotros. Porque delante de los ojos de Dios y del Señor estamos «y todos es necesario que nos presentemos al tribunal de Cristo y cada uno dará cuenta de sí mismo» (Rm 14, 10.12). Así, pues, sirvámosle con temor y reverencia, conforme Él mismo nos lo mandó y también los apóstoles y profetas que nos evangelizaron, quienes de antemano nos anunciaron la venida de

---

2 «Ancianos» y «ministros» es la traducción española de *presbyteroi* y *diaconoi*, palabras de sentido no muy determinado todavía en los días de San Policarpo.

nuestro Señor. Seamos celosos del bien, apartados de los escándalos y de los falsos hermanos, que llevan hipócritamente el nombre del Señor y extravían a los hombres vacuos.

### **Los herejes, primogénitos de Satanás (VII)**

«Porque todo aquél que no confiesa que Jesucristo vino en carne es un Anticristo» (1 Jn 4,2-3) y todo el que no confiesa el testimonio de la cruz, procede del diablo; y el que tergiverse las palabras del Señor para sus propias concupiscencias y dice que no se da ni resurrección ni juicio, ese tal es primogénito de Satanás. Por lo cual, dando de mano a la vanidad del vulgo y a sus falsas doctrinas, volvámonos a la palabra que desde el principio nos fue transmitida, «vigilando para las oraciones» (1 P 4,7) y perseverando en los ayunos, pidiendo en nuestras súplicas al Dios que todo lo ve, que nos deje caer en la tentación, como dijo el Señor (Mt 6,13). «Porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca» (Mt 26,41)

### **Jesucristo, esperanza y prenda de nuestra justicia (VIII)**

Permanezcamos, pues, continuamente adheridos a nuestra esperanza y prenda de nuestra justicia, que es Jesucristo, «que llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre la cruz, quien no cometió jamás pecado ni se halló dolo en su boca» (1 P 2,24.22), sino que, para que nosotros vivamos, lo sufrió todo por nosotros, Seamos, pues, imitadores de su paciencia; y si padecemos por su nombre, glorifiquémosle; pues ese fue el dechado que nos dejó por sí mismo y nosotros lo hemos creído así.

### **El ejemplo de los últimos mártires (IX)**

Os exhorto, pues, a todos, a que obedezcáis a la palabra de la justicia y a que ejercitéis toda paciencia, aquella que visteis con vuestros propios ojos no sólo en los bienaventurados Ignacio, Zózimo y Rufo, sino en otros de entre vosotros y en el mismo Pablo y en los otros apóstoles; teniendo por cierto que todos estos «no corrieron en vano» (Flp 2,16), sino en fe y justicia y que están ahora en el lugar que les es debido, junto al Señor, de cuya pasión participaron. «Porque no amaron este presente siglo» (2 Tm 4,10), sino al que por nuestro murió y, por nosotros, fue resucitado por Dios.

### **Conducta cristiana irreprochable (X)**

Así, pues, permaneced firmes en estas virtudes y seguid el ejemplo del Señor, firmes e inmovibles en la fe, amadores de la fraternidad, dándoos unos a otros pruebas de amor, unidos en la verdad, practicando unos con otros la mansedumbre del Señor, no despreciando a nadie. Cuando podáis hacer bien, no lo difiráis, «pues la limosna libra de la muerte» (Tb 4,10). Estad todos sujetos los unos a los otros, guardando una conducta irreprochable entre los gentiles, para que de vuestras buenas obras» (1 P 2,12), vosotros recibáis alabanza y no se blasfeme el nombre del Señor. ¡Mas ay de aquél por quien el nombre del Señor se blasfema! (Is 52,5). Enseñad, pues, a todos la sobriedad, tal como vosotros mismos la practicáis.

### **Reprensión a Valente (XI)**

En gran manera me contristé por causa de Valente, quien fue un tiempo presbítero entre vosotros, al ver que hasta tal punto ignore el lugar que le fue dado. Os amonesto, pues, que huyáis vosotros de la avaricia y seáis castos y veraces. Absteneos de todo mal. Ahora bien, el que en estas cosas no sabe gobernarse a sí mismo, ¿cómo podrá predicarlas a otros? Si alguno no se abstuviere de la avaricia, se manchará con la idolatría y será juzgado como entre los gentiles, que desconocen el juicio del Señor. «¿O es que ignoramos que los santos juzgarán al mundo» (1 Co 6,2), como enseña Pablo? Mas, por lo que a vosotros toca, nada semejante vi ni oí entre vosotros, entre quienes trabajó el bienaventurado Pablo y que figuráis al principio de su carta. Porque de vosotros se gloria en todas las Iglesias, las solas que entonces conocían a Dios, cuando nosotros no le conocíamos aún. Así, pues, hermanos, grande es la pena que tengo por él y por su mujer, a los que quiera el Señor conceder verdadera penitencia. Vosotros, pues, sed moderados aún en esto; y no tengáis a los tales como enemigos, sino como miembros enfermos y extraviados. Tratad de llamarlos otra vez, a fin de que salvéis así el cuerpo de todos vosotros. Porque, haciendo esto, a vosotros mismos os edificáis.<sup>3</sup>

---

3 Es maravilloso este espíritu de mansedumbre de San Policarpo. Ni con este pobre *presbítero* extraviado quiere que se proceda con dureza, sino que se le atraiga otra vez por el amor y la caridad.

### **Jesucristo, pontífice eterno (XII)**

Tengo, en efecto, confianza en que vosotros estáis bien ejercitados en las sagradas Letras y nada se os oculta; a mí, en cambio, no me es concedido. Ahora, según estas Escrituras se dice: «Irritaos, mas no pequéis» (Sal 4,5); y: «El sol no se ponga sobre vuestra ira» (Ef 4,26). Bienaventurado quien lo recordare, lo que yo creo que haréis vosotros. Mas el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y el mismo Pontífice sempiterno, el Hijo<sup>9</sup> de Dios, Jesucristo, os edifique en la fe y en la verdad y en toda mansedumbre y sin ira y en paciencia y longanimidad y tolerancia y castidad. Y os dé herencia y parte entre sus santos y a nosotros con vosotros y a todos los que han de creer en nuestro Señor Jesucristo y en su Padre, que le resucitó de entre los muertos.

Rogad por todos los santos. Rogad también por los reyes y por las autoridades y príncipes y por los que os persiguen y aborrecen y por los enemigos de la cruz, a fin de que vuestro fruto sea patente en todo y seáis perfectos en Él.

### **El encargo de Ignacio y de los filipenses (XIII)**

Me escribisteis vosotros y también Ignacio, a fin de que, caso que vaya alguno a Siria, lleve también cartas de parte vuestra. Lo cual haré, apenas se presente ocasión favorable, ya sea yo personalmente, o por medio del embajador que pienso mandar también en nombre vuestro. Conforme me mandasteis, os enviamos las cartas de Ignacio, tanto las que nos escribió a nosotros, como las demás tuyas que nosotros teníamos. Todas van adjuntas a la presente carta. De ellas podéis grandemente aprovecharos, pues están llenas de fe, de paciencia y de toda edificación que conviene en nuestro Señor. Por vuestra parte, comunicadnos lo que sepáis de cierto sobre Ignacio y sus compañeros.

### **Recomendación del mensajero (XIV)**

Todo esto os he escrito por medio de Crescente, a quien en la presente os encomendé y ahora os lo encomiendo. Pues se ha portado entre nosotros de modo irreprochable y creo que lo mismo hará entre vosotros. Tened también por encomendada a su hermana, cuando viniere a vosotros. Permaneced incólumes en nuestro Señor Jesucristo y su gracia sea con todos vosotros. Amén.

Biblioteca  
Escritores cristianos primitivos

Carta a los Filipenses  
San Policarpo de Esmirna  
Siglo II

---

**Fuente**  
*Padres Apostólicos II,  
Carta y martirio de San Policarpo y otros escritos primitivos  
Introducciones y Versión por el Rvdo. P. Daniel Ruiz Bueno  
Librería Parroquial de Clavería, S.A. de C.V. México, D.F  
Con imprímase en Madrid, diciembre de 1946  
Páginas 09-35.*

*Adaptación y presentación realizada por  
**Luis Mariano Salazar Mora***